



Redactores

MÁXIMO SOTO HALL

RAFAEL ANGEL TROYO

Administrador

EULOGIO HORTA



Pinceladas



1898

SAN JOSÉ, COSTA RICA, A. C.

Imprenta Lines





Redactores

MAXIMO SOTO HALL

RAFAEL ANGEL TROYO

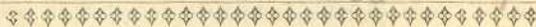
Administrador

EULOGIO HORTA

AÑO II + 2.^a Epoca + NÚM. 1

San José, C. R., 24 de Diciembre de 1898

15 abril 1899



La Poesía de la Historia

COLON

A mi ilustre amigo don Emilio Castelar



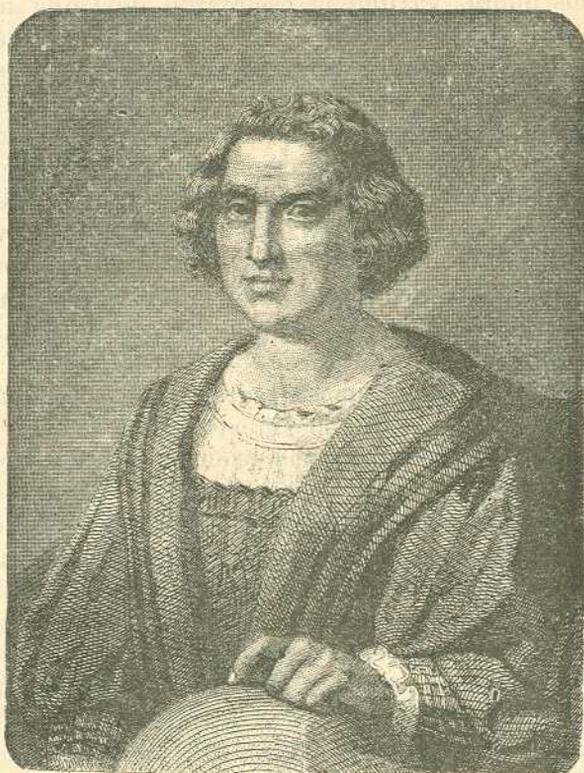
COLON pertenece al pequeño grupo grandioso: los heroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como divinadorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbraba su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que ¡oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre ¡poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente Europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad,

algo que sobrepuja los tesoros de «Las Mil y una noches»: la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada séguimos al peregrino sudoroso y fatigado, con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macisos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de su triunfo: como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienas la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el ensueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que dá á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de don Quijote. Solo que esta vez el león no se contentaba con volver las grupas al heroe: el combate iba á verificarse; el océano espumoso ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres caravelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde á las tres de entonces, con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas algo que supere al grupo de insensatos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema,—á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran

de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres caravelas inolvidables que van, — palomas de alas sedosa y breve, — á tentar el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. ¡Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente é idea-



CRISTOBAL COLÓN

lista, como debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: que Dios las acompañe!

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se adoptaron mutuamente. ¡Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes, — esos tuvieron la fe que faltó á Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos

precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

Bastaría esa memoria sacra,—sacra é imborrable,—para que los cubanos que hubiéramos preferido la unión con la vieja España mediante una Autonomía que diera á nuestra tierra su dignidad y su derecho, estemos orgullosos de nuestro credo, sin que nos deslumbren ni nos acobarden los clamores de quienes mediante la intervención del extranjero han logrado otra solución, por ellos ardientemente apetecida, y que después de todo, en vez de ser una solución es un problema; orgullosos y amorosos de nuestra sangre, soñamos ahora, ya que la esclavitud de Cuba no lo veda, en nuevas armonías y nuevos lazos, que hagan aparecer, para dicha y para gloria suya, en el siglo XX á nuestra raza, hoy abatida y desangrada,—altiva, vigorosa y unida en ambos mundos. El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se meció su cuna; de Italia, donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace de veras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprendible en su época; por su voluntad es incomprendible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible: bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis, uno de los raros casos

en que la Humanidad se hiergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismos, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo y con viril entusiasmo: *Ecce homo*.

A. ZAMBRANA.



Madre!

A Luis G. Urbina



A era alta noche El estruendo aumentaba: música disonante que emergía de dos violines y un piano y que la taberna entera acompañaba con el retintín de las copas llenas, que se chocaban para marcar el compás de uno de esos vales locos que parece que llevan en sus notas el alma roja del whiskey.

El humo de todas aquellas pipas negruzcas se había ido condensando poco á poco hasta flotar como una nube oscura que mantenía en la penumbra una porción corrompida de rameras y bebedores, heces del vicio que se juntaban allí en el lejano *Bowery* para ahogar entre blasfemias y carcajadas histéricas los gritos desesperantes de la carne.

Allí, bajo la pálida luz de una lámpara de gas que agonizaba, se adivinaban semblantes mustios, lindos ojos negros hundidos entre ojeras cárdenas, cabelleras rubias desordenadas por el manoseo constante, beodos que dormían con las bocas abiertas y espumantes, como fieras fatigadas de la lucha. ¡Oh y sobre todo aquello, el himno infernal de la miseria, que brotaba de todos los pechos; las prostitutas ebrias, que recordaban que no había pan en casa y vendían sus besos, sus pobres bocas marchitas que hacían sangrar los ósculos crueles de los hombres rudos!

¡Oh, cuántas tristezas ocultas bajo el galope incansable de esa orgía que se desbordaba en el espíritu, mareándolo con sus pestilencias de pantano!

Cuando en la taberna se celebraban así los placeres de la vida, cuando el vértigo cantaba su rabioso dítirambo, hubo un momento de conmoción. Todas las miradas se dirigieron hacia un punto. En el umbral de la puerta, que sólo traspasaban *ellos*, estaba inmóvil, pálida por la emoción, una mujer que vestía el uniforme de la «*Salvation Army*». Aquel semblante compasivo, aquella paloma blanca que llevaba en sus alas invisibles el consuelo para las almas enfermas, excitó momentáneamente una oleada de insultos.

«¡Fuera, ni un paso más aquí, villana!» exclamó una muchacha que tenía una mejilla ensangrentada, en tanto que arrojaba sobre la cabeza de la Hermana una copa llena de licor.

Mientras resonaban los aplausos que aquella escena había producido, ella, con la cabeza erguida, se

acercó á la ramera joven y con tono suplicante la dijo: —Por piedad!—y sacando un pañuelo le limpió la sangre de su mejilla herida.

—Y bien, exclamó la mujerzuela, qué quieres de mí? —Vengo á recordaros, mi buena amiga, que hay un Dios...—y no la dejó concluir; una carcajada burlona le azotó el rostro á manera de un duro latigazo. Y entre risas continuó: sí, un dios, el dios que yo amo, el que lleva corona de pámpanos y agujonea incansable los ijares de un asno.

—¿Y no tienes madre? prosiguióla Hermana. —¡¡Mi madre!! ¡Ay, si; pero calla, calla por Dios! que hace días vengo ahogando su recuerdo en el vino.—Infeliz! y no piensas que tal vez ahora que tú ríes y gozas, ella llora por tu ausencia y reza por tu alma pecadora?

—Madre mía! exclamó, y se echó á llorar amargamente.—Si, hace tres meses no más la dejé con sus cinco pequeñuelos que se morían de hambre.... y ella entonces estaba enferma, muy enferma. ¿Oyes cómo golpea la nieve los cristales?... Dios mío!.... Si tendrá frío en estos momentos.... si habrá muerto!!

Madre!! Madre del alma!! gritó entre sollozos, y asiéndose fuertemente de la mano que le tendía la Hermana, dijo:—Vamos allá! Y como una loca se precipitó afuera, dejando tras sí una tempestad de maldiciones que repercutían á lo lejos con ruido de furioso vendabal.

RAFAEL ANGEL TROYO.

VERSOS DE AÑO NUEVO

Para tí, niña hechicera,
á quien nombrar no me atrevo,
es la cántiga primera
de mis versos de año nuevo.

..

Mis rimas, cual mariposas
de las azules mañanas,
van á rondar amorosas
de tu alcoba las ventanas,
y á llevarte los aromas
de los bosques y los nidos,
y los arrullos sentidos
de las amantes palomas.

..

Inspiran tus decidores
ojos insondable anhelo;
y en tu sonrisa hay fulgores
y claridades de cielo.

En luengos y anchos manojos
tus cabellos se desatan;
y son luceros tus ojos,
que al alma encienden, y matan.

Mi corazón, por tu suerte,
ha tiempo yace sombrío.
Dile al punto que despierte,
para cantarte ¡bien mío!

EMILIO PACHECO.

CABAÑAS

Al señor General don Rafael A. Gutiérrez



UESTROS historiadores nada ó casi nada saben de Cabañas. El pueblo, que llega por la leyenda á donde no alcanza la historia por la investigación, ha idealizado al bizarro guerrero. He aquí lo que el pueblo cuenta:

Cabañas fue el don Quijote de la América. Enamorado de una idea, jamás contó los enemigos, ni sospechó el miedo, ni aquilató el peligro. Derrotado cien veces, volvió siempre á la carga con la misma fe, con el mismo entusiasmo de sus primeras aventuras. No conoció el orgullo: siendo la lucha por sus ideales, allá se iba, lo mismo de jefe que de soldado, blandiendo el rayo de su espada.

El primero entraba al combate, con su sencillo dormán azul, ondeante la barba de nieve, abrasando á los enemigos con los relámpagos de sus ojos, firme en la silla como un centauro. Se retiraba el último, acribillado á balazos, cuando sólo ya en la pelea, notaba que podía caer prisionero.

Muerto, sí; rendido, jamás. Y mientras aquel hombre no cayera de su brioso corcel, y en la mano tuviera su hendiente alfanje, seguro estaba que los vencedores le hicieran suyo. Para eso tenía él aquella maniobra suya que llamaba «romper la línea». Cosa fácil: romper la línea era, solo, ó acompañado, retroceder por buen trecho, hundir las espuelas en el vientre de su caballo, partir como un ciclón sobre los enemigos, abrirse camino á sablazos, saltar por sobre las bayonetas, y ya al otro lado, volver la cara, saludar con la espada é irse luego á curarse de cinco ó seis heridas. Esto era «romper la línea», y jamás falló en la maniobra.

Cuentan que le vencían siempre. Yendo de jefe, llevaba él su plan, mas á las primeras descargas olvidaba su empleo; que su verdadero lugar estaba en lo mas fragoroso del combate, y allá se entraba, hendiendo cráneos y tajando brazos como un Rolando ó un Oliveros, celebrando los grandes golpes, fueran de amigos ó adversarios, saludando á los que de su camino se apartaban, resucitando en plena edad bárbara las nobles hazañas de los siglos caballerescos.

*
* *

Cosas tenía que hubieran agotado la paciencia de Sancho Panza. Como esta: á su cargo estaba la defensa de La Unión, sobre la cual venía el terrible guerrillero Guardiola. Este era el hombre de las marchas increíbles y de los golpes inesperados. Mas en esa ocasión, se hallaba á veinte leguas, y era imposible que atacara antes de veinticuatro horas. Guardiola hizo la jornada en doce, sorprendió á Cabañas, le destrozó, le puso en fuga, y tomó la plaza. A la caída de la tarde iba ca-

mino de Conchagua, un jinete, solo, cabizbajo, al cansado andar de su caballería que no sentía la presión de la brida. De pronto volvió atrás, llegó á La Unión, pidió ver á Guardiola, diciéndose portador de urgentes noticias, lleváronle ante un grupo de oficiales que todavía comentaba la reciente victoria, y allí preguntó por el jefe.



PALACIO E

—Soy yo ¿qué se ofrece?

—¿Me conoce Ud?

—No ¿quién es?

—Soy Cabañas!

Y con la respuesta le cruzó el rostro á latigazos. Poco después, atravesado por tres balas, el mismo jinete volaba por el camino de Conchagua.

*
* *

De filo, su espada era un hacha; de plano, era una maza. En Leon, despues de aquella heroica resistencia de treinta días, cuando agotados los recursos todos no quedaba otro arbitrio que rendirse al sangui-



nario Malespín, Cabañas, uno de los defensores de la plaza, invitó á sus amigos á «romper la línea» Doscientos aceptaron. Era el intento pasar por sobre las cerradas filas de los sitiadores; pasar, ó quedar ahí hasta el último. Mas los doscientos eran restos de las falanjes morazánicas. Formóse el escuadrón y en él quiso Cabañas ocupar el último sitio, para no salvarse sino cuando



EPISCOPAL

fueran calvos todos.

El escuadrón rompió como una tromba; muchos perecieron, los más pasaron. Cabañas iba el último. Al llegar frente á la postrera fila de enemigos su espada iba á caer sobre un sargento que le cerraba el paso, más viéndole que se apartaba, el bizarro jinete le saludó y siguió adelante. De súbito sintió un bayonetazo en la espalda. Cabañas volvió la cara, cayó sobre el traidor y le asestó su cintarazo en la cabeza. «Y de aquel golpe,— me contaba un testigo—de aquel simple golpe, el sargento cayó muerto, sin decir Jesús.»



Cabañas, como don Quijote, habría desafiado á un león. No llegó el caso, mas no vaciló en desafiar á Carrera que era un tigre. Morazán erraba en el destierro, y el Porquerizo daba la ley á Centro-América. ¿Quién era el loco que iba á enojarle? Cabañas. Llegado á la presidencia de Honduras, sin dinero, sin armas, sin soldados casi, le declaró la guerra. Pudo ser el obediente vasallo de Carrera, vivir en el poder, hartarse de dinero y de placeres. Pero su oficio era desfacer entuertos; Carrera era un fallón, un malandrín, y como á tal había de combatirle, aunque todos los endriagos de la tierra vinieran en su contra.

Y le combatió, sin tregua, sin calcular los resultados, y fué vencido, porque en esta miserable tierra los reveses son el patrimonio de los nobles andantes, y la fortuna se va enamorada tras de los mal nacidos.

Locura fué, mas ¡qué diéramos porque tales locuras pudieran repetirse en nuestra historia!

*
**

En Grecia hubiera dado origen á la leyenda de los centauros. Tánta era, en verdad, su destreza de cabalgador, que aun dudan las buenas gentes sobre si no era un don diabólico aquel su compañero que de tan grandes peligros le salvaba. Fue en Managuara, donde se libró el último combate contra los huestes de Carrera. La batalla se dio en una meseta cortada por un hondo barranco. Cuando nuestro paladín notó su derrota, unos pocos le acompañaban, y toda esperanza de fuga parecía imposible. De un lado la masa de enemigos, del otro, la hondonada infranqueable. Cabañas se acercó al foso, lo midió de un vistazo, y luego, con la espada en la vaina, como en actitud de rendirse, encaminose al paso hacia los contrarios. Estos, seguros de que iba á darse prisionero, le dejaron hacer; mas de pronto, veloz como una exhalación, Cabañas volvió cara, devoró el espacio que le separaba del barranco, y se lanzó en éste y un instante después, cuando los vencedores, no repuestos aun de su sorpresa, se encaminaban á ver al que juzgaran despedazado en la caída, Cabañas, soberbio, sonriendo altivamente, subía á escape la pendiente opuesta, y al llegar á la cima les saludaba con su sombrero de anchas alas, y luego se perdía en la llanura, corriendo como una centella.

*
**

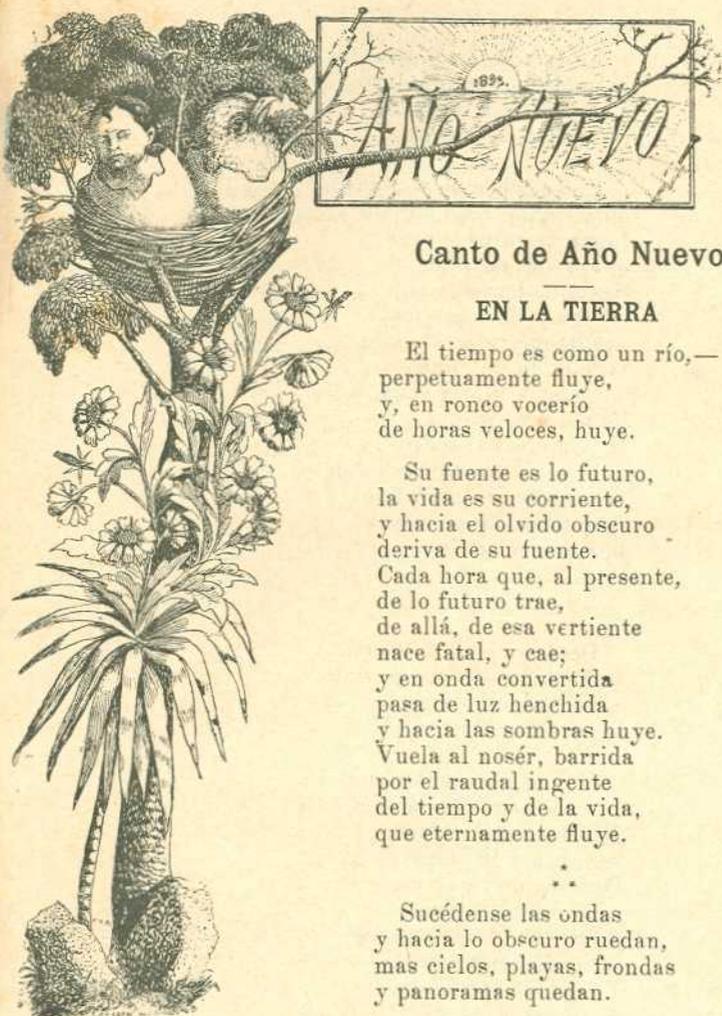
Jamás derramó sangre sino en el combate; pudo ser opulento, y vivió pobre; pudo ser poderoso, y prefirió el destierro, y nunca, nunca jamás ni la sombra de una deslealtad manchó su pensamiento.

En la devoción por sus ideales, un don Quijote; en el arrojo y gallardía, un Murat; en la pureza de su vida, un Bayardo.

Es, en verdad, el caballero sin miedo y sin tacha de nuestra historia.

A. MASFERRER.

Diciembre, 1898.



Canto de Año Nuevo

EN LA TIERRA

El tiempo es como un río,—
perpetuamente fluye,
y, en ronco vocerío
de horas veloces, huye.

Su fuente es lo futuro,
la vida es su corriente,
y hacia el olvido obscuro
deriva de su fuente.
Cada hora que, al presente,
de lo futuro trae,
de allá, de esa vertiente
nace fatal, y cae;
y en onda convertida
pasa de luz henchida
y hacia las sombras huye.
Vuela al nosér, barrida
por el raudal ingente
del tiempo y de la vida,
que eternamente fluye.

∴

Sucédense las ondas
y hacia lo obscuro ruedan,
mas cielos, playas, frondas
y panoramas quedan.

Eterna es la corriente,
la onda es fugitiva;
mas siempre en lo presente
se agita una onda viva:
y la que ya deriva
y la que en pos avanza,
cantan con voz furtiva
su pena y su esperanza.
¡Siempre una voz de duelo,
siempre una voz de anhelo
y un sér que nace y huye!
Mas la onda es bruma, es hielo,
que, de la cumbre altiva,
vuelve en raudal al suelo
y eterna vida fluye.

∴

Un sér es cada gota
que arrastra la avenida
atormentada y rota
del río de la vida.

Sombra es el nacimiento
del ser; sombra, la muerte;
sombra letal, el viento
callado de la suerte.
Rueda el peñón, que es fuerte,
y el águila, y el nido,
hacia la sombra inerte
y helada del olvido,—
todo, mas queda todo,
mente, rudeza y lodo,
cuanto el alud destruye;
que, por secreto modo,
la vida, con la muerte,
teje y desteje el todo,
y eternamente fluye.

En esta pobre Tierra
la muerte es trance duro,
y al debil sér le aterra
la sombra del futuro.

¡Cuán triste en ti resuena,
oh infierno, bajo mundo,
lugar de culpa y pena,
el ay! del moribundo!
Segundo por segundo
recoge y lleva el viento,
por donde va errabundo,
la nota de un lamento.
¡Tu misma gloria vana,
humanidad insana,
en sombra á ti refluye!
que, en la conciencia humana
vela un temor profundo,
mientras doquier ufana
la eterna vida fluye.

Desde este mundo enano
que en torno al Sol gravita,
es un perpetuo arcano
la bóveda infinita.

La luz del astro mismo
que en fuego resplandece,
dispersa en el abismo
se enfría y palidece.
Pero doquier que mece
el éter á un lucero,
un Sol hay que amanece
para un sistema entero.
Y, así, un eterno día
de gloria y alegría
doquier se distribuye;
y el grito de agonía
del hombre que parece
no se oye en esa orgía
de luz que eterna fluye.

EN LAS ALTURAS

El Espíritu innato es lo inmanente;
la vida de los seres es el tiempo;
el espacio insondable, lo infinito;
y el inmutable átomo, lo eterno.

En el átomo obscuro está la vida,
como en la entraña de la piedra el fuego,
aguardando que otro átomo la llame
á la luz, al calor, al movimiento.

Al choque de los átomos, que vagan
buscándose doquier en giro inmenso,
se encienden las ardientes nebulosas,
madres de los radiantes universos.

Y al soplo fecundante del Espíritu,
Alma del éter, Genitor ingénito,
surgen las formas, y en la forma surgen
la belleza inmortal y el pensamiento.

No lo infinito la razón concibe,
y está de estrellas infinitas lleno!
Y es cada estrella rutilante mundo
de un sol en torno que le dá su aliento.

Y en bellas cortes los radiantes mundos,
regidos por su Sol van ascendiendo,
y es su viaje inmortal viaje hacia el Norte,
siempre hacia el Norte del profundo cielo.

Cada planeta llegará á ése Polo,
principio y fin de su girar perpétuo
y depurado en la divina lumbre
volverá á ser en el Azul, más bello.

Mas el trueno del globo que se abrasa
en esa hoguera del amor eterno,
no es un grito de muerte, sinó un himno
de glorioso, triunfal renacimiento.

Oh Dios! Acaso en la fulgente aureola
de la alma lumbre de tu solio excelso
sea este mundo miserable, nada,
menos que gota evaporada al fuego.

Pero no así mi espíritu! Radiante
chispa emanada de tu ardiente verbo,
al volver hácia tí, tras largo viaje,
libre del polvo del caduco tiempo,

siempre será la lumbre de tu lumbre,
la lumbre que ilumina al Universo;
siempre será la gloria de tu gloria,
la gloria perdurable, el Pensamiento.

CÉSAR BORJA.

1.º de Enero de 1894.

Palabras....

«ETERNA es mi pasión jamás dormida,
INFINITO mi amor para quererte;
tú serás el consuelo de mi vida
y el sueño de los sueños de mi muerte»
Así me dijo una mujer, absorta
del cariño en el éxtasis bendito:
mas hoy, que ni le importo ni me importa,
al tocar el *final* de su *infinito*
me río de ver la *eternidad* tan *corta*.

EDUARDO CALSAMIGLIA.



VISTA DEL RÍO TORRES

EXÓTICA



FUERA nevaba. Entre los cristales del invernadero la temperatura era tibia y sabrosa.

Sobre el búcaro de sus hojas largas y fuertes, esmaltadas y esmeraldinas, una orquídea bellísima ostentaba su corola impasible. Parecía de cera. El fondo de su color, era un amarillo esfumado en blanco; en el centro brillaban el ocre, el morado y el violeta, en gradaciones infinitas; puntos negros, é irradiaciones de caoba. Por todas partes la rodeaban flores europeas.

La flor americana, era americana, sonrió, con una risa lánguida, como el fondo mate de su color pálido. Vosotras—dijo—debeis envidiar mi belleza. Vuestro ropaje, delgado como el papel de china, es vulgar como el vestido de las aldeanas. No podeis ocultar que sois un miserable producto de la naturaleza. Yo en cambio con mis pétalos carnosos como los párpados de las niñas soñadoras, parezco hecha de la cera virgen que elaboran las abejas en sus panales. Cualquiera al verme diría que soy el fruto de la penosa labor de un artista, que mi creación ha costado muchas noches sin dormir y muchas tentativas infructuosas, que me ha modelado una mano sabia y teñido un pincel genial.

Sin embargo, vosotras habeis nacido en el seno blando de la tierra herida por el arado y fecundada por el abono. El agua ha dejado caer suavemente sobre vuestras hojas los diamantes finos del riego artificial, el sol, con precauciones, os ha envuelto entre su red de oro, y el jardinero os ha dedicado sus mimos más esquisitos. Yo en cambio he nacido en la más alta rama de un cedro cinco veces secular; me han empapado las gotas grandes de nuestras lluvias tropicales, me han balanceado nuestros vientos que se hombrean con el *simoun* y me ha caldeado nuestro sol ardiente que pica con sus agujas de fuego.

A vosotras, desde lejos, os ha visto tímido el gorrion y apenas si ha pasado cerca de vosotras el felpudo gato. Junto á mí ha colgado su nido el cóndor, amigo de los astros, y debajo de mí ha dormido el tigre, enemigo de los hombres.

Soy la hija de la selva madre, soy la india americana, no me han adulterado los injertos, ni empobrecido los mimos. Sin embargo, soy mas aristócrata que todas vosotras. Vedme, soy como una virgen pálida, como una niña enferma, como una mujer blanca después de una noche sin sueño. Qué satiados mis pétalos, qué distinguidos mis colores. No cambiaría en nada, si me hicieran de marfil y me tiñeran con los tonos impalpables del iris. Oh! sí, soy bella como una mujer blanca después de una noche sin sueño, como una niña enferma, como una virgen pálida.

Extinguióse el hilo suave de su palabra imperceptible y se irguió ufana sobre su tallo débil!

Cuando el jardinero entró aspirando con fruición el aire tibio y perfumado que dormía entre aquellas

paredes de cristal, no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa. Todas las flores yacían inclinadas, tristes y mustias. La orquidea, solamente, levantaba orgullosa su corola impasible... y parecía de cera.

MÁXIMO SOTO HALL.

PARA CUCA

Son verdes tus pupilas, como las ondas
del mar, cuando á la playa llegan muriendo,
Y en tus miradas dulces y melancólicas
Hay fulgor de radiosos, claros luceros.

Forman nimbo sombrío sobre tu frente
En confusión artística los cabellos,
Parece que á su sombra, tranquilos duermen
Cual mariposas blancas, tus pensamientos!

Copian tus lindos labios marchitas rosas
Y por eso te adoran mis pobres versos,
Porque tienes pupilas color de onda
Y es tu pálida frente nido de ensueños.

DULCE MARÍA BORRERO.



EXTRANJERAS

—El distinguido escritor francés René Doumic acaba de publicar en un volumen la tercera série de sus *Etudes sur la littérature française*. A propósito de este libro dice el *Journal des Débats*: «Todos los estudios de este volumen son dignos de leerse..... La prosa en que están escritos es la elegante prosa psicológica, de la más depurada y hermosa».

—Entre los últimos estrenos de obras francesas podemos señalar: *Déjanire*, en el Odeón; *La Vrille*, de Mauricio Donnay y *Le seul bandit du village*, de Tristán Bernard, en el Teatro de Capuchinos.

—Pierre Janet, profesor de filosofía en el Liceo de Condorcet (París), ha sido encargado de explicar un curso de psicología experimental en la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de París.

—*Georges Rodenbach*, el poeta del silencio y del crepúsculo, acaba de publicar en casa del editor Fasquelle un bello poema, lleno de noble inspiración, que lleva por título: *Le miroir du ciel natal*.

—El Museo del Louvre se ha enriquecido con una nueva obra de arte; trátase de una notable caja de marfil, estilo árabe, perteneciente al décimo siglo de

nuestra era. Según los más inteligentes arqueólogos esa caja es uno de los más bellos marfiles árabes que hayan llegado hasta nosotros, y bien merece por su excepcional valor artístico, ocupar un puesto en el famoso museo de aquel nombre.

—Sir Edward Hamilton, que fué durante largo tiempo secretario privado de Gladstone, acaba de publicar un interesante volumen de recuerdos acerca de su antiguo «patrón».

—*Sensualismo*. Con este título ha publicado en Montevideo el señor don José L. Gomensoro un cuento, con una carta-prólogo de don José Enrique Rodó. La prensa en general elogia esta novísima producción sud americana por su interés literario.

—En el Teatro-Circo de Parish, de Madrid, se ha estrenado con gran éxito la ópera española *Maria del Carmen*, música del maestro don Enrique Granados. Está basado el poema en la obra seductora del malogrado Feliu y Codina.

—La artista española María Guerrero, después de haber trabajado con aplauso en París, ha obtenido grandes triunfos con su compañía dramática en Milán y en Turin.

—En Guatemala se manifiesta por modo notable el movimiento literario. Las publicaciones que han aparecido últimamente son: *Conflictos*, novela de costumbres guatemaltecas, debida á la pluma discreta y amenísima del conocido escritor Ramón A. Salazar; *Bohemia Sentimental*, novela de asuntos parisienses del ingenioso y elegante Enrique Gómez Carrillo; *Don Juan Núñez García*, novela histórica cuya acción pasa en Guatemala en la época de la conquista, original del señor Mencos Fiallo; *Artículos y discursos*, de don José Miguel Saravia.

—*Mercedes Ilustrada* es el título de una nueva revista literaria y artística que ha empezado á ver la luz en la República Oriental del Uruguay.

NACIONALES

—En el próximo mes de Enero entrará en prensa la obra literaria de nuestro compañero de tareas Rafael Angel Troyo, la cual llevará por título el sugestivo de *Aleteos*.

—El erudito y laborioso escritor don Manuel Argüello Mora ha entregado á la imprenta el material de un volumen de novelas y cuentos, que viene á aumentar la producción bibliográfica nacional.

A NUESTROS LECTORES

Con gran sentimiento anunciamos la separación de nuestro querido compañero Máximo Soto Hall de la redacción de este periódico. Sus muchas ocupaciones nos privan del placer de tenerle por mas tiempo á nuestro lado. Desde luego contamos con la valiosa colaboración del distinguido poeta.